

A.C.N. DE P

AÑO XXVI

1 de enero de 1950

NUMERO 448

REFLEJO DE LA SITUACION ACTUAL DE PALESTINA EN EL SECTOR CATOLICO DE TIERRA SANTA

Conferencia del reverendo padre fray Sabino Muñiz, O. F. M., en el Círculo de Estudios del Centro de Madrid, el 25 de noviembre de 1949

Agradezco grandemente al señor Presidente, al señor secretario y miembros de esta Asociación la deferencia que conmigo han tenido invitándome a alternar en las amenísimas conferencias que periódicamente se suceden en este docto Centro, por donde han desfilado hombres de renombre y prestigio en los ramos del saber y de la cultura internacional y patria. Mi gratitud sube de punto al insinuárseme un tema para mí sumamente grato: Palestina, tierra santa, el país de Jesús... con su historia, que es la historia del mundo, de la humanidad redenta; con sus vicisitudes, con sus guerras y hecatombes, que culminan con la que hoy, atónitos, contemplamos nuestros ojos; con las incógnitas que este problema encierra, problema que, sin vanagloriarme, puedo afirmar que conozco a fondo, puesto que lo vi nacer, lo he visto crecer, lo he contemplado friamente y sin pasión hasta su desarrollo en múltiples formas, hasta la hora de angustiosa situación en que nos ha colocado a todos aquellos que vivamente sentimos los problemas trascendentales del catolicismo actual.

Llegué a Tierra Santa en los últimos días del año 26, en los albores mismos del renacimiento de Palestina, cuando apenas pasado un lustro de la primera guerra mundial esta tierra aletargada, momificada, indiferente a toda idea superior de engrandecimiento y cultura, despertaba del sueño del olvido, de entre las entrañas de un imperio fanático y destructor. En mis veintidós años de íntima convivencia con los habitantes del país, maravillado, absorto, más de una vez me pregunté si aquella civilización a la que intempestivamente se había sometido al país no sería precisamente el indicio de algo serio en las relaciones íntimas de sus moradores, dado que sus habitantes no estaban aún preparados para recibirla, y mucho menos para comprenderla.

Metamorfosis de Palestina

Inglaterra, y a sus espaldas el pueblo judío, o más bien el sionismo, que es cosa muy distinta, emprendieron una tan acelerada modificación en la estructura cívica y cultural del país que en los veintidós años por mí vividos en aquellas inhospitalarias tierras pude contemplar atónito la metamorfosis más completa de un pueblo en los tiempos modernos. Muchas veces contemplé aquella juventud alegre, culta, llena de



vida, sociable, elegante, plena de orgullo, dirigirse con paso marcial todas las mañanas a las aulas científicas de las escuelas extranjeras; pero en mi observación encontré, más que otra cosa alguna, vanidad, ficción, ansias de brillar más que deseos de cultivar la inteligencia y formar la voluntad. La civilización anglosajona que invadió impetuosamente el país, sin estar preparado para recibirla y asimilarla, perjudicó desde el primer momento nuestra penetración, la penetración del Evangelio, de la moral cristiana, creándonos un problema insoluble. La moral católica se hacía incomprensible ante una cultura libre, sin Dios, sin preceptos, sin ese freno que conduce a la inexperta juventud a la irreflexión y al ateísmo. En una palabra: conmovió hasta los fundamentos de la familia, del hogar y hasta de la sociedad.

El horror a la familia, al hogar, a las diversiones honestas fué suplantado por ese deporte alocado, en oscura mezcla, donde los jóvenes de ambos sexos tomaban más interés en aprender a ser unas buenas jugadoras de tennis que a ser unas buenas hijas, y el día de mañana buenas esposas y madres.

Aquí comenzó el desvarío y los síntomas de la lucha que hoy lamentamos.

Árabes y judíos

Los árabes, hasta ayer esclavos del fanatismo y de la usura judiosionista, con los ojos abiertos se creyeron tan dignos de vivir en su patria como aquellos grupos de desterrados venidos del centro de Europa que paulatinamente la iban absorbiendo. Esto, añadido a la furia del elemento sionista, no disimulada, de adueñarse de toda la tierra del antiguo reino de Israel, a la que se creía con derecho, alegando ser de sus mayores, motivó la sospecha, la enemistad, el recelo y hasta la lucha desde 1926 hasta hoy, con más o menos intervalos, pero siempre con el mismo ideal y con la misma intención.

Aquí tenemos planteado ese problema sucintamente, ese problema agudísimo que trae hoy inquieta a la humanidad creyente, a millones de cristianos diseminados por todas las latitudes del orbe, problema que ese mismo mundo ansía ver resuelto justa y equitativamente lo antes posible, a fin de salvaguardar los intereses religiosos del cristianismo, mahometismo y judaísmo.

El problema de Palestina en España

¿Qué idea se tiene en España, no diré en el pueblo en general, sino y más concretamente en el pueblo culto, de este problema complicadísimo? No quisiera equivocarme al afirmar que España ignora este agudísimo problema casi en absoluto cuando España, después de las autoridades responsables que dirigen los destinos de la Iglesia católica, debiera conocerle, vivirla en su más profunda e insondable tragedia, puesto que es España, además de un país católico, una nación íntimamente unida a Tierra Santa tan estrechamente que sería más que imposible comprender su historia sin saber la nuestra. Se ignora o tergiversa el origen, las causas, la amplitud, las consecuencias, el alcance; en una palabra, todo aquello que tiene síntomas de gravedad para nuestra causa común de cristianos, de católicos y de españoles.

Para muchos el problema consiste únicamente, o lo circunscriben, a las informaciones de las agencias periodísticas del mundo entero, sin reflexionar que la totalidad de las veces esas agencias o informaciones están muy lejos de sintetizar verídicamente el problema tal cual

es y tal cual se desarrolla en todo el país y en todas las actividades cívicas del mismo.

Cuántas veces desde mi llegada a España se me ha preguntado que qué es lo que pasa allí; que quién tiene la razón; que qué actitud debe adoptar la conciencia católica de nuestra Patria, que cuáles son los derechos amenazados por uno y otro bando; que quién debe atraer nuestra simpatía; que qué hacemos allí los franciscanos; que qué derechos tiene allí enclavados España para sacrificar a sus hijos, los misioneros abnegados; que por qué se pide ayuda al pueblo, moral y física, ignorando por completo que aquellos beneméritos hermanos nuestros, con riesgo de sus vidas, defienden los derechos del cristianismo, de la Iglesia católica y de España. Sí, de España, que tiene allí más derechos que nación alguna.

Todo esto, y mucho más, se nos ha preguntado, lo cual revela la ignorancia en que nuestro pueblo vive en asunto de tanta trascendencia en los actuales momentos para el mundo cristiano, para la Iglesia católica...

Los Santos Lugares

Los Santos Lugares se sintetizan casi en Jerusalén, bien que toda la Palestina no sea más que un perenne monumento y recuerdo de la vida admirable de Jesús. Al peregrino le parece percibir por todas partes, por todos los rincones de aquella maravillosa tierra, la silueta divina del dulce Maestro, pero Jerusalén es el centro donde convergen todos sus anhelos. Es que jamás ha habido en el mundo ciudad más famosa ni más santa que la ciudad de Jerusalén. Ella sola ha encerrado dentro de sus muros cuanto ha hecho a las demás ciudades célebres y dignas de admiración, y aunque al presente no sea más que débil sombra de lo que fué, sin embargo todos los pueblos de la tierra tienen por ella especial veneración; todos ven en ella la amada del Señor, escogida por El para hacer de ella su morada y cuyas glorias han cantado los profetas con expresiones llenas de viveza y grandiosidad.

Ni en San Pedro de Roma durante los jubileos en que las multitudes gozan de la visión del Vicario de Cristo y reciben las bendiciones que purifican el alma; ni en nuestra vieja ciudad de Compostela, ante el sepulcro del apóstol Santiago, cuando los romeros se sienten envueltos en la nube mística del inmenso incensario; ni en las tardes de Lourdes, al pie de las montañas de la Bernadeta, en los días de los estupendos milagros entre los enfermos que sufren el dolor con la esperanza; ni en Sevilla en su Semana Santa; en ninguna ciudad cristiana se sienten tanto las emociones que conmueven el alma como en aquella ciudad misteriosa que encierra en sí todo lo sublime y todo lo horrible...

Todo cuanto voy a decir sobre la tierra bendita de Cristo y sobre las huellas de aquellos santuarios de nuestra redención no tiene otro objeto que revelar la situación creada a los cristianos después de la encarnizada lucha entre judíos y árabes, particularmente en el sector religioso, y esto por tres razones principales: porque se ha exagerado mucho dentro y fuera de España; porque hemos sido, en parte, testigos de lo que decimos y reproducimos fielmente el testimonio de los que han sido testigos de los hechos, y para tranquilizar a los numerosos peregrinos de Tierra Santa que desean saber la verdad ardentemente. No queremos decir nada a la ventura.

La lucha se prepara

El 14 de mayo era el día, anunciado con mucha anticipación, del fin del mandato británico en Palestina, mandato que Inglaterra había recibido en 1922 de la difunta Sociedad de las Naciones. Ese día, el alto comisario, general Cuningham, abandonaba su residencia de Jerusalén; a las ocho de la mañana pasaba, ante nuestra mirada atónita, cerca de la puerta de Damasco o Baba-el-Amud, deteniéndose unos instantes delante del edificio del Gobierno para recibir los honores militares de la guarnición acantonada delante del edificio y continuando luego su camino hacia el aeródromo de Kalandia, a unos 11 kilómetros al norte de Jerusalén, de donde un avión le llevó al puerto de Haifa, donde le esperaba un barco de guerra. Este acto, al parecer sencillo, fué como la señal del principio de las hostilidades entre árabes y judíos, hostilidades abiertas, dado que la tirantez ya existía desde hacía mucho tiempo.

Innumerables personas habían ya abandonado con prioridad los nuevos y hermosos barrios de las afueras de Jerusalén; pero las comunidades de religiosos y religiosas, ante las reiteradas seguridades dadas por árabes y judíos de que los edificios religiosos no serían en ningún modo atropellados, quedaron todos en sus puestos respectivos. Esta fué otra de las falsedades a que se sometió la buena y recta intención de los buenos religiosos, pues ellos fueron los primeros en sufrir las consecuencias de la desastrosa táctica seguida por las autoridades inglesas aconsejándonos que no nos moviésemos del puesto, pues tenían la casi seguridad de que nuestras casas e instituciones serían respetadas, ofreciéndonos, además, la garantía de que las tropas de guarnición permanecerían en sus puestos hasta bien mediados de agosto, cosa que no se realizó, pues a mediados de junio las últimas reservas del ejército británico, ante la expectación de los pobres árabes, religiosos y religiosas, abandonaban precipitadamente los últimos puestos de esta desdichada tierra, dejando la población a merced de la ira y fanatismo judío.

A medianoche del 14 al 15 de mayo terminó oficialmente el régimen mandatario, abriéndose desde aquel momento una nueva era en la historia de Palestina; era llena de incógnitas y temerosos peligros, de los que fueron como precursores los graves sucesos que tuvieron lugar ese día y continuaron en los siguientes y, podemos decirlo abiertamente, hasta nuestros mismos días.

Comienza la batalla

Al amanecer del día 15, la expectación en todos era intensa. Un ambiente de malestar se cernía sobre nuestras cabezas, procurando nosotros animar a nuestros cristianos a permanecer en sus puestos, ante las promesas hechas anteriormente de que nada se haría contra nuestras instituciones, iglesias, santuarios y centros de enseñanza. Se recomendaba a nuestros cristianos mantener la paz y no lanzarse a la lucha; pero todo fué inútil. Una lucha encarnizada y fratricida comenzó, en efecto, desde las primeras horas de la mañana, ante la pasividad de las tropas de ocupación que aun permanecían en el país. Árabes y judíos, sin perder tiempo, se esforzaban por apoderarse de los puntos estratégicos para atacar o defender la Ciudad Santa, es decir, la ciudad dentro de los muros, meta suprema de ambos bandos. Para ello era necesario ser dueños

de los grandes edificios junto a las puertas de Jerusalén, especialmente de la de Damasco, la Nueva, la de Jafa y la de Sión. Todas estas puertas estaban desde mucho antes en poder de los árabes y bien defendidas. Los judíos, que querían a todo trance entrar en la ciudad vieja, atacaron con gran violencia las tres últimas, apoderándose primero de los grandes y magníficos edificios de la Barclay's Bank, del convento de las reparadoras y de Notre Dame de France; pero de ninguna manera consiguieron forzar las puertas de la ciudad, valientemente defendida por los árabes.

No consiguiendo esto, los judíos se esforzaban por mantener la comunicación de sus barrios con el monte Escopus, donde tienen los centros importantes del hospital Hadásah y la Universidad Hebrea, con su riquísima biblioteca, cortando así al mismo tiempo a los árabes sus comunicaciones con el norte de Palestina; pero éstos, dándose cuenta perfectamente del peligro, lucharon denodadamente, y hacia el 19 de mayo eran ya dueños absolutos del barrio árabe llamado Shej Yárrah, que se extiende desde la escuela bíblica de los padres dominicos de San Esteban hasta el monte Escopus; y aunque los judíos han continuado atacando, a largos intervalos, por esta parte, siempre han tenido que retirarse con grandes pérdidas. La carretera del norte queda, pues, desde el primer momento, abierta a los árabes, y de este modo nuestras cristiandades de Ramallah, Gidnah, Naplusa y Gennin en contacto directo con la Ciudad Santa, salvándose de este modo cientos de millares de cristianos de una muerte y destrucción casi segura.

Por el lado sur de la ciudad, los judíos han conseguido establecerse sólidamente en la parte del monte Sión, que cae fuera de las murallas, ocupando entre otros edificios el gran monasterio de benedictinos de la Dormición, o sea el lugar del tránsito de la Santísima Virgen María, con sus fuertes torres, y el convento franciscano contiguo al Cenáculo, lo mismo que este santísimo lugar, sembrando por todas las partes el terror, la destrucción y el pillaje, como veremos más adelante detalladamente. Estas posiciones son muy importantes bajo el punto de vista estratégico, pues desde ellas dominan todo el monte Olivete, amenazando además con el tiro de su artillería la vital carretera oriental a Jericó y Transjordania.

Por la parte del poniente, todos los grandes, modernos y prósperos barrios de la llamada **Jerusalén Nueva**: colonia alemana, colonia griega, Talbyyah, donde está enclavado nuestro Consulado español; Katamoon, Rehaviáh, están en poder de los judíos, que se hicieron dueños de ellos desde antes de comenzar la lucha abierta.

La lucha fué encarnizada en los recintos de la ciudad vieja de Jerusalén, habitada, en su mayor parte, por el elemento judío sefardita o españoles. Además esta lucha se hacía más encarnizada por ambas partes debido a que en ella se encuentran los lugares santos del cristianismo, del islam y del pueblo judío. Todos los elementos se pusieron en juego, y nuestros cristianos al lado de los árabes, formando trincheras en cada casa y en cada edificio, a fin de sostener los ímpetus de los judíos, quienes a toda costa querían apoderarse de la misma, se batieron valerosa y eficazmente.

En el recinto de la ciudad había un barrio completamente judío de unos dos mil aislados del resto de la comunidad